

Maigret: conocimiento por connaturalidad y conciencia concomitante

Juan José NOAIN CALABUIG

Resumen

El presente artículo analiza, en su primera parte, aspectos recurrentes de la personalidad del comisario Maigret, famoso personaje de ficción del novelista belga Simenon. A continuación se procura advertir dos aparentes aporías cognoscitivas que plantean esas recurrencias:

– Por un lado, la resuelta negación de método por parte del comisario compaginada con un comportamiento indagatorio idiosincrásico;

– Por otro lado, unos resultados policíacos sorprendentes a la par que se supone, durante el desarrollo de las investigaciones, una permanente suspensión del pensamiento.

Para resolver estas contradicciones aparentemente irresolubles, se recurrirá, en el último apartado a dos categorías cognoscitivas elaboradas por la filosofía: el ya clásico conocimiento por connaturalidad; y la conciencia concomitante o inobjetiva, prestando especial atención, en lo referente a esta modalidad de conciencia, a la obra del filósofo español Antonio Millán-Puelles.

Palabras clave: Método, comportamiento característico, conocimiento por connaturalidad, afectividad, conocimiento práctico, suspensión del juicio, reflexividad, conciencia concomitante.

Abstract

The present article analyses, in its first part, recurrences of the personality of the commissioner Maigret, famous personage of fiction of the novelist

Belgian Simenon. Subsequently it is tried to notify two apparent difficulties that present those recurrences:

– on the one hand, the resolved negation of method on the part of the commissioner arranged with a behaviour investigator characteristic;

– by another side, some results surprising at par that is supposed, during the development of the investigations, a permanent suspension of the thought.

To resolve these contradictions apparently insoluble, will resort, in the last section, to two categories of knowledge elaborated by the philosophy: the already classical knowledge by connaturality; and the conscience concomitant or inobjective, lending special attention, in the referring thing to this modality of conscience, to the work of the Spanish philosopher Antonio Millán-Puelles.

Keywords: Method, characteristic behaviour, knowledge by connaturalidad, affectivity, practical knowledge, suspension of the judgement, reflection, conscience concomitant

Introducción

Este artículo trata de relacionar algunas características del personaje de ficción más famoso de la obra novelesca de Simenon¹ –a la sazón, el comisario Maigret– con dos cuestiones del ámbito de la teoría del conocimiento: el conocimiento por connaturalidad y la conciencia concomitante (también llamada consecretaria o inobjetiva).

Abordar cuestiones gnoseológicas a partir de un personaje de ficción no parece lo más adecuado. No faltará quien diga que esta investigación empieza viciada, precisamente por basarse sobre una irrealidad novelesca que escapa a las leyes de la realidad. Según esta opinión, los personajes de ficción no deberían ser considerados ejemplos de la actividad cognoscitiva del hombre; no podrían legítimamente sustituirse a aquel cuyo modo de conocimiento es objeto de estudio por parte de la gnoseología: el hombre realmente existente.

Cabría evitar esta dificultad si se cumplieran, al menos, tres condiciones:

– que la ficción de la que el personaje de estudio está tomado (en nuestro caso, el *corpus* maigretiano de la obra policiaca de Simenon), no fuera tan

¹ La editorial *Presses de la cité* ha publicado la obra completa de Georges SIMENON en la colección *Omnibus*, bajo el título *Tout Simenon*, en 26 volúmenes. Todas las referencias a la obra literaria de Simenon que se hagan en el artículo estarán tomadas de dicha publicación.

arbitraria que su posible existencia resultara, al cabo, imposible. Maigret es, indudablemente, un personaje de ficción. Ni tiene, ni ha tenido, ni tendrá, existencia real. Pero esa inexistencia no se debe a una imposibilidad esencial (como ocurriría si fuera un objeto cuyos atributos esenciales resultaran contradictorios, pongamos por caso al minotauro o al círculo cuadrado).

– que aquellos aspectos cognoscitivos del personaje de ficción que van a ser abordados tuvieran correlato real, es decir, que admitieran algún tipo de parangón con actos cognoscitivos reales, ejecutados por los hombres en la vida real. De lo contrario de poco serviría analizar el *modus operandi* maigretiano, para ejemplificar las cuestiones gnoseológicas del conocimiento por connaturalidad, y de la conciencia inobjetiva.

– que no se conceda valor probatorio al testimonio de la obra de Simenon. Si de las actitudes de Maigret se quisiera deducir la verdad de tal o cual tesis acerca del conocimiento por connaturalidad, o acerca de la conciencia consecutaria o concomitante, se abusaría de la ficción.

En suma: se empezará por un análisis del personaje de ficción de Simenon. A continuación se abordarán las cuestiones epistemológicas sobreentendidas en la obra policiaca de Simenon, analizándolas a la luz de las dos doctrinas gnoseológicas ya aludidas.

I. La metodología policial de Maigret

La obra maigretiana de Simenon no sigue un hilo argumentativo. Cada novela puede ser leída como un conjunto en sí, sin merma de sentido. Pero si cada novela constituye una historia en sí, existen entre todas ellas elementos recurrentes. Ante todo destaca el comisario Maigret, con su modo de ser, sus costumbres, sus gustos; también aparecen, una y otra vez, sus colaboradores (el brigada Lucas, o los inspectores Janvier, Lapointe, Torrence, etcétera). Tampoco faltan los lugares con los que el lector se va familiarizando: cafés, calles, edificios, la ciudad de París, el Sena, etcétera. Pero además de estos elementos “físicos” (personajes, lugares, ciudades), también hay elementos cognoscitivos recurrentes.

A. La inmersión en el lugar del crimen

Dentro del *corpus* maigretiano, algunas novelas resultan especialmente entrañables. Para sorpresa y deleite del lector, Simenon, en ciertas ocasiones, extrae al comisario de su marco habitual (el *Quai des Orfèvres* sede de la

Policía Judicial, los bulevares parisinos, las calles de Montmartre, la *Brasserie Dauphine*, los despachos de abogados, notarios, etcétera) y lo trasladada hasta situaciones distintas a las habituales: pequeños pueblos pesqueros, islas de la Costa Azul, Centros de Reposo en medio provincial.

Hay una novela en la que, mediante un largo salto hacia atrás en el tiempo, presenta a un Maigret muy joven. Si el lector estaba, hasta entonces, familiarizado con el Maigret comisario, el Maigret que dispone de un despacho en la sede de la Policía Judicial, y que cuenta con la colaboración de brigadas, inspectores, médicos forenses, etcétera, en la *Première enquête de Maigret*, Simenon opta por “recordar” al joven Maigret, inspector de una comisaría de barrio.

En esta novela el narrador presta especial atención a los modos de proceder y de investigar del joven policía, procedimientos que, con el paso del tiempo y de los dramas, alcanzarán grado sistemático:

“Or, maintenant, Maigret était soudain content d’être seul, seul à renifler dans les coins”².

Esta advertencia puede parecer anodina. Pero para quien está familiarizado con las investigaciones del comisario, esta reminiscencia describe la emergencia de una metodología, de un modo de proceder: la inmersión en el ambiente en el que se ha producido el crimen. Maigret, careciendo de los mecanismos habituales de las investigaciones policiales, se va a incrustar en el lugar de los hechos y habitarlo.

El nuevo reto al que se enfrenta Maigret, y sobre todo el modo como el azar y las circunstancias han querido que se enfrente a él, en vez de abrumarlo y desorientarlo, le alegran. Está sólo. Apenas dispone de medios policiales. Sus superiores le han confiado la tarea dejándole privado de apoyo logístico y administrativo. Esperan secretamente que sus pesquisas no prosperen, y que el incidente presuntamente criminal que debe esclarecer, permanezca irresuelto. Pero al dejarle sólo, al confiarle en circunstancias desfavorables el esclarecimiento de un hecho enigmático y sospecho, van a precipitar, sin quererlo, un *modus operandi* que se hará legendario.

También para Maigret se trata de un descubrimiento. Adivina que sus superiores no tienen intención de ofrecerle apoyo o medios. Sospecha que las condiciones en que va a emprender su tarea no son las adecuadas. Y, sin embargo, ese desvalimiento le va a obligar a enfrentarse al crimen de un

² SIMENON, G., *La première enquête de Maigret*, en: íd., *Tout Simenon*, vol.3, col. Omnibus, Presses de la Cité, p. 394.

modo nuevo: usando su persona, injertándose en el lugar de los acontecimientos investigados, trabando contacto y amistad con los personajes involucrados.

Maigret se alegra. Se siente contento al ir oliendo el lugar, respirándolo, como queriendo, mediante la acción olfativa, asumirlo, habitarlo. Asistimos a una suerte de sublimación muy peculiar. Es una suerte de descubrimiento de un placer desconocido hasta entonces.

Ahora bien: Maigret no *objetiva* ni *considera* la relación de causa a efecto que se da entre su modo de emprender la investigación y su súbita alegría. El narrador subraya el carácter inmediato, no reflexivo, de ese modo de proceder:

“Il ne prévoyait pas non plus que ce serait un jour sa méthode et que, chef à son tour de la Brigade spéciale, avec une petite armée de policiers sous ses ordres, il lui arriverait de faire personnellement une ‘planque’, de suivre un suspect dans les rues, d’attendre pendant des heures dans un bistrot”³.

Maigret no sospecha que el modo de proceder que está inaugurando, acabará, con el paso del tiempo y de sus sucesivas investigaciones, siendo considerado como un modo de actuar característico, metodológico. Su actuación es espontánea. Si, más adelante, siendo ya comisario divisionario de la policía judicial, caerá en la cuenta de su idiosincrasia operativa, no será tanto por una tendencia personal hacia la introversión, o hacia la consideración del propio modo de actuar, sino por las advertencias y comentarios de sus colaboradores directos, y de aquellos a cuyas órdenes opera.

Es, por usar un ejemplo, como si alguien le advirtiera a su amigo que siempre abre la puerta con la mano izquierda. Abrir la puerta siempre con la mano izquierda no es un acto inconsciente. Nadie, en estado de vigilia, abre una puerta inconscientemente. Pero, normalmente, no se suele reparar con qué mano se ha cogido la manilla de la puerta para abrirla y traspasarla, salvo que se preste especial atención. Es un movimiento automatizado. Sólo una consideración detenida *post factum*, permite caer en la cuenta.

Pues bien: algo análogo le ocurre a Maigret en esa investigación inicial. Se siente a gusto pudiendo explorar a su aire, ingresando en el lugar de los hechos, recorriendo las calles colindantes, o tomándose un aperitivo en una taberna desde la cual observa y anota los vaivenes de la gente de la casa. Pero no parece sospechar que ese será su modo de actuar en adelante. No se dice a sí mismo que así deberá resolver todos los casos a los que se enfrente duran-

³ *Ibidem*.

te su carrera profesional en la policía. Ni siquiera induce relación alguna de causa a efecto.

En más de una ocasión, al incoar la investigación de un crimen, Maigret se enfrenta a una dificultad añadida: la identidad de la víctima. Sea porque se trata de un vagabundo que se obstina en no hablar, sea porque el rostro del cadáver ha sido completamente desfigurado, sea porque el muerto no lleva carnet de identidad y sus huellas dactilares no están registradas, Maigret se encuentra ante la imposibilidad de identificarle. Mientras no pueda ponerle nombre y apellidos, su costumbre mimética quedará dificultada, cuando no imposibilitada. Debe entonces buscar, con técnicas y recursos varios la identidad de la víctima, para poder *a posteriori* visitar la casa, hablar con los vecinos, entablar conversación con las amistades de la víctima, preguntar en los alrededores. Una vez sabido cómo se llama la víctima, dónde vive y trabaja, Maigret se precipita hasta esos lugares, para poder hacerse una idea de quién es la persona que ha sufrido el crimen:

“Quelques heures plus tôt, le mort n’avait pas encore de nom et ne représentait aux yeux de Maigret qu’une image assez floue. Maintenant, non seulement on possédait sa photographie, mais le commissaire vivait dans sa maison, parmi ses meubles, tripotait des vêtements qui lui avaient appartenu, maniait ses objets personnels”⁴.

Maigret se infiltra en el mundo de la víctima o de los implicados. Pero no entra en ese mundo con una actitud científica: no toma notas, no usa instrumental, no establece estadísticas, y sobre todo, no reflexiona (no piensa, como le hubiera gustado decir). Más bien se embebe. Se empapa del ambiente hasta producirse una transformación interna: aparcar su personalidad para revestir la personalidad del personaje investigado. Por eso, quienes trabajan con él, asisten a sus indagaciones, y se interesan por su persona y su modo de proceder, admiran en él no tanto un éxito frío carente de humanidad, sino más bien un humanismo, una capacidad para identificarse con las personas atrapadas en una tragedia. Maigret, durante la investigación de un crimen, aparca su personalidad y reviste la personalidad del investigado. Ahora bien: la expresión no refleja exactamente la índole del proceso. Así descrito, pareciera que se trata de un proceso explícitamente consciente, de una técnica. Y, sin embargo, no se puede hablar de una conciencia perfecta. Es una actitud espontánea, en la que solo reparará *a posteriori*:

“Les quelques minutes furent un long quart d’heure et pendant tout ce temps

⁴ Íd., *Maigret et son mort*, en: íd., *Tout Simenon*, vol.2, p. 398.

Maigret se surprit à ne penser qu'à Little John. C'était curieux: il n'avait vu celui-ci que pendant d'assez courts instants. Leur entretien avait été, en somme, assez banal. Et pourtant le commissaire constatait soudain que Maura avait fait sur lui une forte impression”⁵.

En estas líneas aparece insinuada la densidad del personaje al que investiga el comisario, densidad advertida *a posteriori* en la impresión que le ha producido y a pesar del poco tiempo durante el que se han entrevistado. El comisario se deja llevar por los acontecimientos y por las personas. En vez de poner una distancia que le permita mantenerse objetivo, se implica. La implicación no estriba tanto en tomar parte o actuar a favor de alguien o de algo, sino en sumergirse en el ambiente y dejar que sea ese ambiente el que se vaya imponiendo, el que se vaya instalando en su persona, y una vez interiorizado, el que se vaya decantando. En vez de afirmarse, neutraliza su personalidad dejando que los lugares y los personajes implicados en los acontecimientos habiten en su interior y pasen a tomar posesión de su subjetividad, de su persona:

“Je nage, lieutenant... Sans doute nageons-nous tous les deux. Seulement vous, vous luttez contre le flot vous prétendez aller dans une direction déterminée, alors que moi je me laisse aller avec le courant en me raccrochant par-ci, par-là à une branche qui passe”⁶.

Esta actitud, tan heterodoxa, tan ajena y sorprendente a esos ambientes especializados que operan mediante una metodología pacientemente conquistada, le valen más de un comentario o advertencia por parte de sus superiores:

“En principe, un commissaire de la P.J. ne court pas le rues et les bistrots à la recherche d'un assassin. C'est un monsieur important, qui passe la plupart de son temps dans son bureau, dirige, tel, dans son Q.G., un général une petite armée de brigadiers, d'inspecteurs et de techniciens.

Maigret n'avait jamais pu s'y résoudre. Comme un chien de chasse, il avait besoin de fureter en personne, de gratter, de renifler les odeurs”⁷.

Aunque en el imaginario popular un comisario es percibido ante todo como un hombre de acción, en el *corpus* maigretiano la condición de comi-

⁵ Íd., *Maigret à New York*, en: *idem*, vol. 1, p. 560.

⁶ *Ibidem*, p. 617.

⁷ Íd., *Mon ami Maigret*, en: *ibidem*, vol. 3, p. 619.

sario divisionario va acompañada por el rango de alto funcionario, es decir, un oficio que por principio se desempeña en un despacho, redactando o leyendo informes, y que rara vez requiere salir a la calle para trabajar “*a pie de obra*”. Si, en algún caso, son requeridas gestiones callejeras, procede encargarlas a los subordinados, esto es, brigadas e inspectores subordinados puestos a la disposición del alto funcionario. Maigret, por el alto puesto que ocupa en la administración, se codea con gente que ve con malos ojos su tendencia a bajar a la calle, su querencia por tareas que, administrativamente, debería delegar en funcionarios de menor rango.

“Cela signifiait, en somme, que les personnages du drame venaient pour [Maigret] de cesser d’être des entités, ou des pions, ou des marionnettes, pour devenir des hommes.

Et ces hommes-là, Maigret se mettait dans leur peau. Il s’acharnait à se mettre dans leur peau (...). Seulement ce n’était pas conscient. Maigret ne s’en rendait pas toujours compte.”⁸

La razón por la que Maigret necesita salir a la calle, o proceder a iniciativas que, desde la administración, pueden ser juzgadas impropias de un hombre con su rango estatal, estriba en lo que más arriba se ha denominado humanismo o humanidad. Maigret siente (más que comprende u objetiva o razona) que esos nombres que lee en los informes son personas realmente existentes, con sus rostros y expresiones, con sus inquietudes y ambiciones, y que resulta mucho más justo o escrupuloso abordarlas directamente, conocerlas, tratarlas en persona. Detrás de esa apariencia de hombre sesudo y carente de sensibilidad, se esconde una íntima comprensión del misterio que encierra toda persona humana, y de la necesidad de ir penetrándolo para alcanzar una recta comprensión de lo acontecido.

B. La suspensión del juicio y la carencia de método

Si el modo como Maigret penetra en el universo del crimen y resuelve el enigma resulta curioso, no menos curiosa y no menos llamativa es la suspensión del juicio que profesa. Maigret, al menos mientras dura una investigación, no piensa. Los testimonios son numerosos:

“- Dites-moi ce que vous pensez?

Je ne pense pas.”⁹

⁸ Íd., *Maigret à New-York*, en: *ibidem*, vol. 1, p. 619

⁹ *Ibidem*, p. 590.

En un principio este corto diálogo parece anodino, y no merece comentario. Evoca esos momentos en los que uno se queda absorto sin pensar en nada en concreto. Si, a pesar de su aspecto anodino y banal, se ha optado por recogerlo, es porque nos encontramos ante una respuesta característica de Maigret. No son pocas las ocasiones en que, en pleno bullicio indagador e interpelado por algún colaborador o por el juez de instrucción, el comisario sostiene no pensar nada sobre el asunto en curso.

“Votre collègue O’Brien vous dira que je ne déduis jamais. Il ajoutera sans doute avec une pointe de malice que je ne pense jamais.”¹⁰

En esta cita se viene a confirmar que esa suspensión del juicio es característica en Maigret. Aquí el añadido estriba en que Maigret se da por enterado de que su insistencia en su carencia de pensamiento es *vox populi* en el ámbito policial en que trabaja.

A decir verdad, esa suspensión del pensamiento tiene dos vertientes, una de las cuales ya ha sido analizada. Si el comisario no piensa es porque, inducido por su fundamental confianza en la racionalidad interna de los acontecimientos y de la realidad, prefiere dejarse arrastrar por lo mismos, incluso si con ello se le exige abandonar el ámbito de la certeza. A ello habría que añadir una segunda precisión. Vimos que, en la investigación de los crímenes, practica y fomenta una predilección por la auscultación de los lugares del crimen y de los implicados en el mismo. Esa tendencia a hacer acto de presencia en los lugares del caso no va acompañada de hipótesis alguna. Maigret suspende cualquier tipo de juicio. No elabora, a medida que va adquiriendo nuevos indicios o nuevas informaciones, hipótesis alguna.

Esa disciplina en suspender el juicio y en evitar toda hipótesis no es óbice para que, de vez en cuando, Maigret se preste a sucintas reflexiones acerca de su modo de proceder, sobre todo, cuando alguien interesado por sus “*métodos*” le acompaña en su trabajo. Esa toma en consideración, ese tener conciencia del propio actuar, se produce en dos circunstancias bien precisas: bien cuando miembros de otros cuerpos policiales, atraídos por su fama, le hacen una visita para verle trabajar, e importar, posteriormente, un método indagatorio que tan buenos resultados parecía alcanzar; bien, cuando desde instancias políticas o judiciales, se expresa la opinión de que su modo de actuar de es impropio del alto funcionario que era. Jueces y políticos no se privan en manifestar su desconcierto o su desaprobación cada vez que com-

¹⁰ *Ibidem*, p. 614.

prueban el quehacer diario de Maigret. Se extrañan, cuando no critican, de que en vez de recurrir a sus inspectores y dirigir la investigación desde su despacho, vaya en persona al lugar de los hechos, y lleve a cabo por sí mismo las investigaciones. La siguiente cita, que sintetiza una de esas escasas ocasiones en las que el comisario se presta a reflexionar sobre su propio modo de actuación, está tomada de un diálogo con un amigo americano de trabajo:

“Je nage, lieutenant... Sans doute nageons-nous tous les deux. Seulement vous, vous luttez contre le flot vous prétendez aller dans une direction déterminée, alors que moi je me laisse aller avec le courant en me raccrochant par-ci, par-là à une branche qui passe.”¹¹

Aquí emplea una imagen para ilustrar su comportamiento. Maigret, al abordar una investigación, en vez de mantener las distancias y entregarse a un análisis concienzudo y frío de lo acontecido y de los indicios obtenidos, se implica de lleno, se injerta en el medio, se sumerge en el drama. Su personalidad queda como en suspenso y se entrega de lleno, a la aventura. Quizás el detalle de la rama que flota y que es empujada por la corriente, único salvavidas del que se vale Maigret, sirva como un indicio acerca de la personalidad del comisario. No es un hombre que zozobre o al que los acontecimientos suelen avasallar. No es un introvertido. Pero lo más importante de la imagen de la rama que es desplazada por la corriente fluvial, es que Maigret abandona ese ámbito predilecto de la modernidad que se llama certeza. Hay en el comisario de Simenon una confianza fundamental en la realidad, confianza que subyace a todos sus modos de proceder. Maigret no duda de sí mismo porque no duda de la realidad, no duda de los acontecimientos. No hay en él una superstición, un miedo casi fóbico por la irracionalidad de lo existente o de lo aconteciente. Sólo si lo que ocurre posee una lógica propia, cabe dejarse arrastrar por ello en la confianza de que, tarde o temprano, la fundamental comprensibilidad de lo acontecido emerja y sea susceptible de captación.

A la efectiva suspensión del juicio, y a la renuncia a elaborar hipótesis alguna mientras dura la investigación, hay que añadir el hecho de que Maigret insista en que carece de método y que predomine la tendencia a imbuirse del medio en el que se ha producido el drama y de los personajes que están involucrados en él, denota al menos que era consciente de ello.

Uno de los componentes del personaje Maigret es su mediatización. Es

¹¹ Íd., *Maigret à New-York*, en id., *Tout Simenon*, col. Omnibus, p. 619.

un personaje público. Goza (o padece, según se perciba) de fama. Con cierta frecuencia, aparece en los medios de comunicación. Los periodistas que se agolpan en los alrededores de los lugares del crimen, o en los pasillos de la división de la Policía Judicial en espera de que Maigret tenga a bien responder a sus preguntas sobre tal o cual hecho delictivo. Dentro de esa repercusión mediática que va adquiriendo el personaje, Maigret va adquiriendo prestigio internacional, así como despertando el interés de otras policías, en especial el de la inglesa y el de la estadounidense.

Pues bien: es precisamente en esas ocasiones en las que el lector se puede reafirmar en su convicción de que el modo de proceder de Maigret no responde a una reflexión. Con esto no se quiere decir que el comisario ficticio actúe atolondradamente, o que sus iniciativas y sus pesquisas no estén motivadas. Ni tampoco que sus decisiones sean arbitrarias o carentes de meditación. Lo que se quiere afirmar es que Maigret no se detiene a pensar en su modo de actuación. Actúa. Es como el vecino que baja todos los días a comprar el periódico al mismo kiosco. No se podrá decir que esa costumbre sea arbitraria, o que no responda a un acto de decisión, o que se trate de una acción en la cual su pensamiento está suspendido. No se trata de un acto sonámbulo. Pero, si uno le pregunta más tarde por qué compra el periódico a tal hora y no a tal otra, y por qué lo compra en ese kiosco y no en aquel otro, en principio se nos quedará mirando como sin saber contestar. Y eso es precisamente lo que le ocurre a Maigret cada vez que alguien (sea un juez de instrucción, sea un periodista, sea un político, o sea un colega de alguna policía extranjera), le pregunta acerca de la metodología que usa para resolver los casos. Es entonces, y sólo entonces, cuando se le plantea al comisario la necesidad de la reflexión, la ocasión de reflexionar sobre su quehacer investigador.

C. Algunos problemas

Al introducir este trabajo se dijo que abordar cuestiones cognoscitivas a partir de un personaje de ficción no carecía de dificultades metodológicas. Se sostuvo entonces, y se puede reafirmar ahora, que un personaje de ficción, por muy consolidado que se encuentre en el acervo cultural de una época o de un país, no puede ser tenido como referente probatorio del modo de pensar del hombre real, modo que es, a fin de cuentas, el que debe interesar a toda teoría de conocimiento que aspire a una consideración formal. En lógica con las insuficiencias metodológicas de toda referencia ficticia, se va a aprovechar este último epígrafe del primer apartado, para presentar las dificultades que plantea el *modus operandi* maigretiano.

Recordemos, para empezar, las operaciones cognoscitivas del comisario que hemos presentado en los dos anteriores epígrafes de este primer apartado: la tendencia a resolver el caso mediante la integración personal en el ambiente del crimen; la (presunta) suspensión del juicio y de la actividad hipotética; y, finalmente, la defensa tozuda de carencia de método.

La primera operación, consistente en resolver el dilema mediante la integración o vivencia directa de los lugares y de los personajes involucrados en el crimen, no ofrece mayores dificultades. Cabría preguntarse, ciertamente, si basta con sumergirse en dichos ambientes, para conquistar la resolución de los enigmas pendientes: ¿por qué se cometió el crimen? Y, sobre todo, ¿quién lo cometió?

Sí plantea mayores dificultades la insistencia, por parte del comisario, en la total y radical suspensión del juicio y del pensamiento. En efecto: la suspensión del juicio que propugna el comisario:

– Primero: no puede ser tomada en sentido estricto porque las iniciativas emprendidas por un ser humano, por muy banales o rutinarias que sean, están necesariamente mediadas por el pensamiento; por poner un ejemplo: no puede un hombre preferir tomar el autobús a ir a pie para ir al trabajo sin pensamiento alguno (por recurrir a un caso concreto objeto de frecuente descripción narrativa en el *corpus* maigretiano).

– Segundo: cuando Maigret afirma que no piensa nada o que no piensa, no se refiere a pensar sin más, sino a elucubraciones acerca de los crímenes investigados a partir de los indicios que van siendo obtenidos; si hay razones para pensar que Maigret posterga un máximo su actividad deductiva, sin embargo no es admisible que no lo haga en absoluto. Maigret tiene que pensar algo para poder detener al criminal.

En rigor la afirmación del comisario, según la cual nunca piensa hasta que la investigación ha terminado, es inverosímil. Las iniciativas de un comisario de policía, por banales o rutinarias que sean, están mediadas por el pensamiento. La suspensión del juicio a la que alude Maigret no puede ser tomada en sentido literal. Resultan necesarias algunas precisiones para poder admitir, incluso en el ámbito narrativo, que no piensa. Para solventar esa evidente deficiencia, más propia de la equivocidad que suele acompañar a las narraciones ficticias, y que sería inadmisibles en el ámbito de la estricta especulación, cabe proponer la siguiente hipótesis. No es tanto que Maigret no piensa en absoluto sino más bien que no piensa ciertas cosas. Su característica respuesta “*no pienso nada*” o aún la más drástica y equívoca “*no pienso*”, se refiere a la elaboración de hipótesis tempranas. Maigret sostiene no elaborar hipótesis ante nuevos indicios, incluso cuando se disparan las sospechas de sus colaboradores o de los que lo están viendo trabajar de cerca:

“je n’essaie jamais de me faire une idée sur une affaire avant qu’elle ne soit terminée.”¹²

Si la negación no puede ser tomada en serio siempre, es porque, tarde o temprano, emprende acciones que suponen, cuando menos, un mínimo de interpretación, de pensamiento hipotético, de sospecha: generalmente cuando, con una investigación muy avanzada, decide convocar a alguno (o a varios) de los implicados para someterlos a interrogatorio en su despacho, fuera ya del ámbito en el que han acaecido los hechos y en el que, por deseo expreso del comisario, se ha venido desarrollando la investigación, se puede decir que Maigret ha pensado. En este sentido, no cabe sostener que la mirada maigretiana sea neutra. Está orientada hacia el esclarecimiento de un enigma: ¿quién ha cometido el crimen? La neutralidad absoluta, incluso admitiendo que sea posible, no es atribuible a Maigret. Poco o mucho, ha tenido que pensar lo suficiente como para alimentar sospechas y centrarlas en alguien. No es creíble que nunca piense. Por eso, si todavía se aspirara a conceder cierta verosimilitud a la suspensión del juicio, solo podría conseguirse otorgando que el comisario, en su trabajo indagatorio, pospone un máximo de tiempo la detención del sospechoso. En el fondo, Maigret viene a distinguir dos disposiciones mentales: durante la investigación permanece pegado al terreno, atento a los hechos, involucrándose en los acontecimientos, suspendiendo toda meditación en frío. Pero una vez terminado el caso se detiene en los hechos y los medita.

La segunda cuestión cognoscitiva que plantea serias dificultades es la convicción del comisario sobre su carencia de método, de proceder indagatorio orientado a la resolución del crimen, cualquiera que sea la naturaleza del mismo o sus circunstancias. Ya hemos tenido ocasión de resaltar que Maigret vive convencido de que carece de método:

“Il était venu pour étudier les ‘méthodes de Maigret’, et Maigret n’avait pas de méthode”¹³.

Si por método se entiende un proceder sistemático, una manera de actuar recurrente entonces el análisis llevado a cabo en el epígrafe dedicado al análisis de la inmersión en el lugar del crimen, no permite dudar: Maigret tiene un método, una forma de actuar característica. Si es así, ¿por qué, cada vez

¹² *Ibidem*, p. 616.

¹³ *Íd.*, *Mon ami Maigret*, en *id.*: *Tout Simenon*, col. Omnibus, vol.3, p. 569.

que, de un modo u otro, se encuentra ante la necesidad de explicar o justificar su modo de actuación, defiende no disponer de método?

Una vez más, al igual que ha ocurrido en la exposición del primero de los problemas que plantea el proceder del comisario, resulta necesario advertir la inevitable equívocidad del lenguaje de la narración ficticia, siempre que se opta por tenerlo en consideración en la investigación. Para poder resolver esta cuestión, es preciso distinguir dos sentidos de la palabra “método”. Si esa distinción no se hace con la suficiente pulcritud, pueden producirse malentendidos que conducirán, inevitablemente, a contradicciones insalvables. Cuando, por tomar el caso más nítido, Maigret debe acoger a colegas procedentes de otros cuerpos policiales y que están interesados en conocer sus métodos, la palabra “método” adquiere un sentido científico experimental. Tomado en este sentido, “método” vendría a significar un proceder preestablecido protocolariamente, y por lo tanto, aplicable a cualquier situación, y por cualquier persona con tal de que, dicho procedimiento protocolario sea conocido y dominado. Es lo que ocurre en química, o en ciertas ciencias humanas como la sociología: para hacer una encuesta no hace falta inventar, cada vez que se va a proceder a una consulta sociológica, un método de encuesta. Basta con aplicar los pasos ya determinados por la ciencia en cuestión para llevarla a cabo. Por otra parte, la noción de método en sentido duro, dado su carácter protocolario y universal, remite a una metodología transmisible con cierta facilidad, siguiendo unas pautas pedagógicas más o menos establecidas. Por ejemplo, y por aludir a una ciencia a la que Maigret recurre sistemáticamente, la transmisión de las técnicas empleadas por la medicina forense está más o menos fijada, y así queda admitido por el narrador. Para dominar los pasos que permitan determinar la fecha de fallecimiento a partir de un cadáver, no hacen falta factores aleatorios del tipo: empatía entre profesor y alumno, intuición más o menos adecuada a la profesión, etcétera.

En este sentido duro indudablemente Maigret no tiene método. ¿Cómo transmitir un modo de proceder que, en buena medida, se basa sobre impresiones apenas perceptibles, o sobre observaciones no instrumentalizadas? Pero, aún admitiendo que el modo como procede el comisario no es fácil de comunicar y transmitir, desde un punto de vista gnoseológico, y desde un punto de vista epistemológico, no cabe más remedio que admitir que sí hay un método. En efecto: si la afirmación de que Maigret no tiene método no es aceptable es precisamente porque no se puede considerar que los éxitos policiales del comisario sean azarosos o casuales. Sus detenciones no caen del cielo; son el fruto de una indagación, de horas y días conviviendo con los implicados por el crimen cometido, de horas y días viéndoles vivir. De hecho

no se puede afirmar que, a pesar de su peculiaridad, se trate de un método tan personal que su comunicación, al cabo, resulte imposible. Probablemente no sea un modo de proceder comunicable en un aula, o siguiendo los modos de enseñanza tradicionales. Pero que sus ayudantes más estrechos entiendan, sin que medie explicación alguna, al cabo de un tiempo de convivencia laboral, sus iniciativas, o incluso que adopten sus modos de proceder, es indicio suficiente de que se trata de un *modus operandi* transmisible.

III. Conocimiento por connaturalidad y conciencia consecratoria

A. Conocimiento por connaturalidad

En la primera parte del artículo se ha procurado analizar algunas características fundamentales del *modus operandi* del comisario Maigret. Son rasgos operativos que aparecen una y otra vez, y con los que el lector asiduo sabe que volverá a toparse. Un Maigret que no recorriese las calles, que no entrase en las casas, que no acumulase aperitivos en las tabernas, bares y cafés colindantes con el lugar del crimen, que no preguntase a los vecinos si han visto u oído algo, no sería el Maigret con el que está familiarizado el lector. Esta iniciativa investigadora consistente en visitar y habitar los lugares del crimen y los ámbitos en los que residen (o residían) los implicados en el mismo, provoca en el comisario un cambio. Cada vez que inicia una investigación, los personajes investigados carecen de relieve en su mente. Resultan anodinos, sustituibles. Pero a medida que se van acumulando los indicios y desarrollando las pesquisas, los personajes van conformándose, adquiriendo relieve, personalidad. Dejan de ser unos desconocidos, personas que dejan indiferentes. A medida que va descubriendo detalles, o a medida que va asistiendo a sus vidas, se despierta en el comisario un interés muy agudo, interés que no estriba en curiosidad, ni siquiera en búsqueda de indicios que permitan resolver un enigma. Más bien es un interés que se despierta ante el descubrimiento de la densidad y de la gravedad de lo acontecido, y ante el descubrimiento de la densidad y de la gravedad de las personas implicadas. Ese interés no es teórico sino práctico. Maigret, al menos en el ejercicio de su profesión, es un personaje práctico, entendiendo por tal no tanto un personaje que sabe ser eficaz y que toma iniciativas que acaban aportándole algún tipo de beneficio, sino más bien un hombre que apenas abstrae, que permanece atento a la realidad, que se fija mucho. Esa práctica se manifiesta sobre todo en su identificación con los personajes investigados. En cierto modo,

Maigret, en el curso de sus investigaciones, deja a un lado su propia personalidad e intenta revestirse de la personalidad de los individuos implicados en el caso investigado. Se produce una identificación que, desde un punto de vista epistemológico o gnoseológico, no carece de interés.

¿Es el sujeto humano capaz de suspenderse a sí mismo y sustituir su propia personalidad por la ajena? Admitiendo que tal cosa sea posible, ¿ante qué tipo de acto nos encontramos?

Si atendemos a las expresiones empleadas por el narrador, la sustitución provocada por Maigret no puede ser entendida en sentido físico. Cuando se narra que el comisario se reviste de los personajes investigados, no podemos suponer una sustitución física. Maigret no deja de ser él y los personajes investigados no dejan de ser ellos mismos. Nos encontramos mas bien ante una operación intencional.

Cabe preguntarse si esa preferencia del comisario por visitar los lugares donde se han cometido los crímenes, o por ver vivir e incluso por convivir con quienes están implicados, esa costumbre por abstraer la propia personalidad y sustituirla por la de los investigados, ¿es una mera costumbre, un mero mecanismo, o cabe considerarlo como un modo de adquisición de conocimientos?

A.1. Interpretación intelectualista del modus operandi maigretiano

Aunque son muy numerosos los lugares que testifican la inmersión del comisario en el lugar del crimen, sin embargo en ningún momento se dice explícitamente que se trate de un modo de adquisición de conocimiento. Se trataría más bien de una manera de ponerse a tono con el crimen y con la circunstancia que ha posibilitado su ejecución. Estaríamos más bien ante un proceso afectivo. En ningún momento se dice que la costumbre del comisario por visitar el lugar de los hechos, o por acudir en persona al domicilio de la víctima, o por rastrear los sitios frecuentados por la misma supongan una adquisición de conocimiento. Se dice, eso sí, que se trata de un modo característico de operar.

Si es cierto que se trata de un proceso en el que está implicada la afectividad, si en el fondo el comisario siente no deber escamotear ese paso, hay que defender que ese hábito de Maigret se orienta hacia la consecución de conocimiento. Si el empeño de Maigret por salir del ámbito de su despacho y no dirigir las investigaciones cavilando sentado frente a su mesa de trabajo, si su preferencia por trasladarse al lugar del crimen o por cotejar, mientras duran las pesquisas, las personas involucradas en el mismo, es una carac-

terística propia del comisario, también es posible ver en ese modo de proceder un modo de adquisición de conocimientos.

Sostiene Aristóteles que el hombre conoce mejor aquello de lo que tiene experiencia. A decir verdad, si cada cual se propusiera hacer inventario de lo que conoce, advertiría que son muchas más las cosas que conoce sin propósito explícito que las que conoce porque se ha propuesto conocerlas. Los ejemplos son innumerables. Así todo el mundo conoce su propio rostro, o sus manos, o el pasillo de su piso, o la calle a la que da el portal de su casa, o a sus familiares o a los amigos de toda la vida, etcétera. Se trata de auténticos conocimientos, aunque se adquieran de un modo oblicuo o indirecto. La gente no se suele poner por objetivo conocer la calle donde vive. Y sin embargo la conoce. En cambio, hay otro tipo de conocimientos que se conocen porque ha mediado una voluntad explícita de adquirirlos. Es lo que ocurre, por ejemplo, con las profesiones o con el saber científico. Para saber ingeniería hay que estudiar, y para ser fontanero es necesario un tiempo de aprendizaje.

¿Qué es lo que diferencia a uno y otro modo de adquisición de conocimientos? Como se ha dicho antes, la clave estriba en que mientras los primeros son conocimientos que se adquieren en iniciativas que no buscan directamente conocer, los segundos son conocimientos adquiridos explícitamente, voluntariamente. Esto suele tener una consecuencia: que el sujeto del conocimiento en el primer caso no repara en su adquisición intelectual, mientras que en el segundo caso sí. Los conocimientos existenciales no suelen ser objeto de una consideración explícita. Retomando un ejemplo al que ya se ha recurrido anteriormente, nadie suele fijarse como objetivo el conocimiento de la calle en que vive. Y sin embargo la conoce. Los conocimientos que son perseguidos explícitamente, en cambio, sí van acompañados de una consideración explícita. El que se propone conocer la teoría general de la relatividad, la estudia, la adquiere, la termina por conocer, y además sabe que la ha adquirido. No sólo sabe que la conoce sino que también sabe que la ha adquirido, que la ha estudiado, que ha mediado un esfuerzo desde la ignorancia original hasta la adquisición de lo que se ignoraba y se quería conocer.

A.2 El conocimiento por connaturalidad

Desde una perspectiva no positivista, el conocimiento existencial al que se viene aludiendo no merece descalificación. Nuestro conocimiento existencial, el que adquirimos oblicuamente, sin intención expresa directa, no es objeto ni de la ciencia experimental, ni de la epistemología. Pero es conoci-

miento. En este sentido no escapa (y, de hecho, no ha escapado) a la consideración de las teorías del conocimiento que no identifican el conocimiento humano con aquel que es obtenido exclusivamente con la aplicación de métodos equiparables a los desarrollados por las ciencias positivas. Entre los modos de adquisición de conocimiento en el que no se da, salvo consideración *a posteriori*, una explícita objetivación formal de la adquisición cognoscitiva, destaca el llamado conocimiento *por connaturalidad*, que ha sido analizado por teorías del conocimiento no positivistas. Y destaca, para nuestros intereses, porque cuadra con una tipificación intelectualista del modo de proceder del comisario Maigret, tipificación que aquí se defiende.

Cuando en el registro hablado se emplea la palabra naturaleza, se está haciendo referencia al ámbito de la realidad que no está intervenido por la actividad humana. Para que los interlocutores entiendan algo distinto, resulta indispensable hacer ciertas aclaraciones. Por ejemplo: si no se aportan determinadas explicaciones, difícilmente dejará de ser polémica en el habla vulgar una expresión como "*naturaleza humana*". Aunque no es el tema de este artículo, convendrá advertir que, al menos en este escrito, se va a admitir la expresión "*naturaleza humana*". Y se va a admitir tomando como base la finita disponibilidad que de sí mismo tiene el ser humano. El ser humano no dispone totalmente de sí mismo, o lo que es lo mismo: está condicionado.

Si esa finitud en la disposición de sí mismo y ese condicionamiento fuesen absolutamente distintos para cada ser humano, no se podría hablar de naturaleza humana. Cada hombre y cada mujer tendrían su propia naturaleza totalmente distinta de las demás. Ni siquiera se podría hablar de congéneres. Ocurre, sin embargo, que además de coincidir en tener naturaleza, resulta que los seres humanos coinciden en tener una naturaleza semejante o coincidente. Sin querer con ello obviar o ignorar las indudables características individuales de cada uno, se puede afirmar que hay una comunidad de naturaleza. Se puede hablar de naturaleza humana precisamente porque existen condicionantes o características sin las cuales no hay ser humano que valga¹⁴.

La oportunidad de estas consideraciones sobre la noción de naturaleza estriba en que puede tratarse de consideraciones aclaratorias para alcanzar una comprensión cabal del llamado conocimiento por connaturalidad. En efecto, como dice Pero-Sanz, "CONNATURAL viene del latín tardío (compues-

¹⁴ La asiduidad de la expresión "*niños salvajes*" en vez de "*niños al natural*" o "*niños en estado de naturaleza*" puede ser tomada como un indicio de la falta de naturaleza en el ser humano. Muy por el contrario, que se diga "*niño en estado salvaje*" en vez de "*niño en estado natural*" si de algo es indicio debe ser de la existencia de naturaleza humana, y más concretamente de una naturaleza muy peculiar: aquella que requiere educación para no quedar inédita.

to de *cum y natura*) y significa lo que tiene la misma naturaleza o es conforme a la naturaleza de una persona o de una cosa”¹⁵.

La connaturalidad es una relación de adecuación entre extremos. Supone algún tipo de conveniencia; por eso entre antagónicos, en lo que tienen de antagónico, no es posible la connaturalidad. Pero, como ocurre con no pocas palabras del lenguaje, la connaturalidad no es unívoca. Se puede distinguir, por ejemplo, entre connaturalidad relativa y connaturalidad absoluta. El agua y el fuego convienen en ser químicamente analizables; convienen en poseer masa, y por lo tanto en estar sometidos a la fuerza de atracción de la tierra. Pero no se trata de una connaturalidad absoluta. Cuando se echa agua al fuego se produce una reacción química que extingue el fuego o evapora el agua. No son elementos absoluta o incondicionalmente compatibles.

Por otra parte, cuando Pero-Sanz alude a “*tener la misma naturaleza*” puede estar significando la misma naturaleza según la forma, o la misma naturaleza según el número (lo que implica, además, identidad de naturaleza según la forma). Es el caso de dos ramas de un árbol. Coinciden en ser de un árbol determinado, con una naturaleza determinada, y además en ser del mismo árbol numérico. Es decir: no sólo son ramas de un mismo *tipo* de árbol (ramas de roble, por ejemplo), sino ramas del *mismo* árbol (ramas de *este* roble). Pero si considerásemos la posible connaturalidad de dos ramas de robles distintos, estaríamos ante una connaturalidad de forma (un mismo tipo de naturaleza) pero no ante una connaturalidad de número (una única y misma naturaleza).

Ahora bien: en el caso del conocimiento por connaturalidad, a la cuestión de la connaturalidad se añade la del conocimiento. No es entonces la connaturalidad misma la que se considera, sino el conocimiento que se adquiere mediante connaturalidad. La expresión “*conocimiento por connaturalidad*” alude fundamentalmente a un conocimiento que se adquiere por semejanza de naturaleza. Tal cual tomado, semejante conocimiento no podría darse más que entre quienes comparten naturaleza. O dicho de otra manera: por connaturalidad no se podría conocer más que aquello que tiene misma naturaleza. No se tendría conocimiento por connaturalidad más que en el caso en el que el sujeto que conoce y el objeto conocido fueran realidades de misma naturaleza.

Pero el caso es que no sólo nos familiarizamos con personas sino con muchas otras cosas que no pertenecen al género humano: lugares, animales, utensilios.... La expresión “*conocimiento por connaturalidad*”, interpretada

¹⁵ PERO-SANZ, J.M., *El conocimiento por connaturalidad*, Eunsa, Pamplona, p. 15.

como aquel conocimiento que pudiera alcanzarse únicamente de las realidades que son de la misma naturaleza que el sujeto cognoscente, no basta para dar cuenta de ese conocimiento. El conocimiento por connaturalidad no significa únicamente la coincidencia de naturaleza formal o de naturaleza numérica. También es posible conocer por connaturalidad aquello cuya naturaleza esencial diverge o no coincide con la naturaleza esencial del sujeto de conocimiento, siempre y cuando se proceda a la precisión que lo conocido connaturalmente es conocido en lo que tiene de común. Si un sujeto racional puede conocer por connaturalidad una realidad que, a su vez, no es racional, sólo será en aquello en lo que coincidan. Si es posible una especial simpatía o compenetración entre un ser humano y su animal doméstico, no será porque gozan de un mismo tipo de naturaleza esencial, sino porque gozan de una semejanza de naturaleza parcial.

¿Qué es lo que caracteriza al conocimiento por connaturalidad? ¿En qué se diferencia este tipo de conocimiento de otros conocimientos como puedan ser aquellos que son fruto de una investigación de laboratorio en la que suelen mediar instrumentos de observación y medición entre sujeto y objeto, o de aquellos conocimientos que son fruto de un paciente esfuerzo de especulación? Miralles caracteriza el conocimiento por connaturalidad haciendo hincapié en el protagonismo que ejerce la afectividad para su adquisición:

“El conocimiento por connaturalidad resulta de una afección de las cosas, un afectarse por ellas, y de esa compasión y connaturalización se produce ese conocimiento inmediato de ellas”¹⁶.

Si precedentemente se ha aludido a la necesidad de conveniencia o semejanza de naturaleza entre sujeto concededor y objeto conocido para que surta el conocimiento por connaturalidad, advierte ahora Miralles que ese tipo de conocimiento sólo queda posibilitado en la medida en que en el sujeto exista una capacidad de recepción. Sin entrar a discutir si esa recepción es pura pasividad, o si exige cierta actividad o disposición efectiva por parte del sujeto afectado, cabe proseguir la reflexión sobre las naturalezas capaces de dicho tipo de conocimiento, sosteniendo que de ningún modo son naturalezas absolutamente opacas, como ocurriría con aquellas que están absolutamente determinadas. El conocimiento por connaturalidad sólo es posible para aquellas naturalezas en alguna medida indeterminadas. Esa indeterminación no debe ser entendida espacialmente. No se trata de que los sujetos capaces de

¹⁶ MIRALLES, citado por: PERO-SANZ, J.M., *op.cit.*, p. 62.

conocimiento por connaturalidad estén parcialmente indeterminados. Se trata más bien que aquello que los determina y los especifica, los determina y los especifica como pasibles de afección. Les caracteriza una fundamental aptitud a asemejarse, sin pérdida de identidad, a aquello que conocen de ese modo.

No debe pasarse por alto el vocabulario predominantemente afectivo empleado por Miralles, precisamente porque aquí se sostiene que ese conocimiento por connaturalidad es, ante todo, conocimiento, es decir, fruto principalmente de un proceso de índole intencional, y no de un proceso de índole pasional. Ambos extremos, el del intelecto y el de la pasión deben ser mantenidos, si no se quieren perder la dimensión cognoscitiva por un lado, y la dimensión connatural por otro. Para respetar el conocimiento por connaturalidad en su condición de conocimiento y en su condición de connatural, resulta imprescindible mantener, conservar o respetar el protagonismo del intelecto y el protagonismo de la pasión y de la afectividad. Ambos componentes deben ser igualmente conservados y afirmados en el estudio, so pena de perder la idiosincrasia de dicho conocimiento. Quizás resulte oportuno acudir, una vez más, a las precisiones de Pero-Sanz, particularmente a aquellas referidas a la concepción que de dicho conocimiento había elaborado Tomás de Aquino:

“Se dice [en los textos de santo Tomás] que el *intelecto* puede ajustarse a la cosa en virtud de la connaturalidad afectiva, pero siendo siempre el intelecto el encargado de captar la verdad”¹⁷.

Además de ser un conocimiento que se adquiere por la mediación de la afectividad, el conocimiento por connaturalidad se caracteriza, siempre siguiendo a Pero-Sanz, por ser conocimiento de lo particular y concreto, de lo singular:

“Esto es lo característico del conocimiento por connaturalidad: que sea íntimo, quasi-experimental, como por hábito, afectivo... En cuanto experimental nos indica su inmediatez: va directamente a la cosa que, por la unión apetitiva, se encuentra dentro del cognoscente, más bien el cognoscente ‘es’ la misma cosa, en su afecto”¹⁸.

Si de por sí la afirmación de la adecuación entre sujeto y objeto ha sido ocasión de debates y de contestaciones, hasta el punto que gran parte de los

¹⁷ *Ibidem*, p. 68.

¹⁸ PERO-SANZ, J. M., *op.cit.*, p. 63.

esfuerzos de la modernidad filosófica estriban en solventar las dificultades que plantea esa definición del conocimiento, sustituyéndolo –dicho sea de paso– por otro modelo cognoscitivo, la dificultad se agrava si, como en el caso del conocimiento por connaturalidad, se afirma que la adecuación se produce en el ámbito afectivo. Desde luego esa identificación afectiva entre sujeto sensitivo y objeto sentido no puede ser entendida físicamente. El sentimiento no estriba en una apropiación física de lo sentido: sentir un acontecimiento no consiste en convertir ese acontecimiento en un sentimiento. Por mucho que se sienta, el acontecimiento no va a dejar de ser acontecimiento. Tampoco el querer, sea sensible o intelectual, puede ser entendido como una apropiación física de lo querido; estaríamos ante el imposible de querer lo que ya se posee, aspirar a alcanzar lo que de facto ya se contiene.

Para poder alcanzar una concepción cabal del conocimiento por connaturalidad, es decir, de un conocimiento cuyo logro viene mediado por la afectividad, resulta imprescindible no perder de vista su eminente carácter práctico, y por lo tanto, no perder de vista que se trata de un conocimiento que revierte y repercute directamente sobre el actuar.

“El conocimiento por connaturalidad es, en gran parte, conocimiento orientado a la actividad, conocimiento práctico.”¹⁹

Aparece así que el conocimiento por connaturalidad es, principalmente, conocimiento por y para la acción. Es en la acción, y no en la teoría, donde se actualiza este tipo de conocimiento. Todo ese vocabulario de *impresiones, intuiciones, mala espina, barruntos, inspirar o no inspirar confianza* remite a un tipo de conocimiento real pero no teórico, un conocimiento que no es fruto de una consideración detenida y teórica de aquello sobre lo que se vierden esas impresiones, intuiciones, malas espinas, etcétera. Es un conocimiento que influye sobre el comportamiento, que predomina en las relaciones humanas, que informa nuestro modo de actuar, pero que arranca más de las impresiones sobre la afectividad que de un estudio detallado y detenido de los objetos. No disponemos de mucha elección en este ámbito. Las realidades de las que estamos rodeados, sean personales o no, nos afectan en mayor o menor grado, producen en nosotros afectos y sentimientos. Esto no equivale a que nuestra conducta esté condicionada absolutamente por esos afectos. Es experiencia universal, por ejemplo, el desacuerdo que puede existir entre la conducta que “*promovería*” un afecto y la conducta que aconseja la pruden-

¹⁹ *Ibidem*, p. 22.

cia. Los afectos no son ni buenos ni malos, ni verdaderos ni falsos. Son vías, modos de penetración de las cosas, puertas abiertas en nuestro ser por las que se infiltra la realidad *según el modo en que pueda afectarnos*.. Por eso permiten un juicio más íntimo, como si las cosas y los acontecimientos, en nuestras afecciones, tomaran asiento en nuestra intimidad. En definitiva el conocimiento que se adquiere mediante la convivencia, la frecuencia o la connaturalidad es un conocimiento del singular y un conocimiento práctico. Conocimiento por connaturalidad es conocimiento de ésta o aquella realidad en su singularidad, y es conocimiento en y para la acción. Al frecuentar a una persona, al convivir con ella, no obtengo un mejor conocimiento de la humanidad, o no me prepara para escribir un tratado sobre el hombre, o un tratado sobre la convivencia humana. A lo sumo lo que puedo hacer es narrar la convivencia que he mantenido con ella. Pero sí que alcanzo un mejor conocimiento de esa persona. Por ejemplo: sé qué respuestas o qué advertencias pueden hacerle sonreír o pueden entristecerle o pueden airearle.

La razón por la que ha convenido el detenimiento en la teoría del llamado conocimiento por connaturalidad estriba en que la costumbre del comisario Maigret de instalarse en el lugar de los hechos, no tanto como un método, sino como una necesidad personal, puede ser ahora interpretada desde un punto de vista cognoscitivo. No es manía, ni es arbitrariedad, como parecen a veces entenderlo quienes no consideran propio de las altas funciones administrativas de un comisario jefe visitar en persona los lugares del crimen. A la luz de la teoría sobre el conocimiento por connaturalidad, se puede afirmar que frecuentar los lugares, convivir con los personajes, se tenga conciencia explícita de ello o no, es un modo de conocerlos, de saber quiénes son, de descubrir las motivaciones secretas que animan sus vidas, y poder desde ese conocimiento nuevo, barruntar el protagonismo que han ejercido en el drama investigado.

Es posible que Maigret no tenga conciencia de la ganancia en conocimiento que supone su práctica investigadora. El hecho de que, recurrentemente, se considere carente de método, es suficiente indicio para concluir que no ha relacionado explícitamente su preferencia por visitar los lugares y conocer a los implicados y dejarlos vivir un tiempo como si nada hubiera ocurrido para observarlos en su ambiente, con la adquisición de conocimiento. Cabe a este propósito recordar una pequeña anécdota. Además de preferir trabajar sobre el terreno, Maigret, a medida que va avanzando la investigación, y casi sin darse cuenta, se va identificando con los personajes a los que investiga:

“Pendant le déjeuner sa femme le regarda avec plus d’attention que d’habitude. Elle finit par questionner:
Qu’est-ce-que tu as?
Qu’est-ce-que j’aurais?
Je ne sais pas. Tu ressembles à quelqu’un d’autre.
A qui?
A n’importe qui. Tu n’es pas Maigret.
Il rit. Il pensait tellement à Louis qu’il finissait par se comporter comme il imaginait que celui-ci l’aurait fait, par prendre ses expressions de physionomie”²⁰.

¿Es esto posible sin que medie un intento explícito de asemejarse? Porque eso es precisamente lo curioso del asunto: que Maigret acaba siempre, o casi siempre, por comportarse como los investigados, por adquirir sus expresiones, sin quererlo, sin buscarlo. La narración no suele describir el proceso: advierte simplemente las gestiones de Maigret y, alguna que otra vez, subraya el parecido que va adquiriendo el comisario.

En cierto modo Simenon, en su personaje de ficción más famoso, viene a confirmar una práctica común en la vida de todos los hombres, y a la vez, y probablemente desconociéndolo, a ofrecer un ejemplo ficticio de una teoría gnoseológica que había sido desarrollada muchos siglos antes:

“Por eso habla santo Tomás de una compasión, al mencionar este conocimiento. Es esa afición de las cosas un ponerse en consonancia con ellas, ‘padecerlas’ en el apetito, tal como son en sí”²¹.

La semejanza puede darse también de modo indirecto, sin ser perseguida. Así las personas que conviven estrechamente durante mucho tiempo acaban por parecerse, aunque la razón de su convivencia no sea parecerse. Así ocurre con los matrimonios, o con los miembros de una misma familia, o entre compañeros de trabajo, o aún entre discípulo y maestro. Este segundo modo de asemejarse a alguien o a algo no es objeto de una intención directa. La convivencia y el trato continuo hacen que las personas terminen conociéndose, en sentido existencial. Este tipo de conocimiento, que se ha denominado connatural, es indirecto. No se adquiere por investigación o por indagación. Un padre ni investiga ni indaga cómo son sus hijos. Y, sin embargo, los conoce. Si indagara o si investigara sobre el modo de ser de sus hijos probablemente atendería a cuestiones en las que, de otro modo, no habría caído en cuenta. Pero la ausencia de indagación o de investigación no es óbice para poder sostener que conoce a sus hijos.

²⁰ SIMENON, G., *Maigret et l’homme du banc*, vol.6, pág. 377.

²¹ PERO-SANZ, *op.cit.*, p. 22.

B. La conciencia concomitante

El personaje del comisario Maigret es muy poco reflexivo. Actúa, vive, toma decisiones y, sólo muy de vez en cuando, medita sobre sus actuaciones, su vida o sus iniciativas. Esa parquedad reflexiva no es óbice para que haya algunas reflexiones bien ancladas. Entre ellas destaca la del método. Sostiene no tener método. Vive convencido de ello y así lo manifiesta en las ocasiones en que, muy a pesar suyo, se ve obligado a manifestarlo. Maigret opera característicamente, sin ni siquiera advertirlo. Sólo por circunstancias extremas termina por reconocer la peculiaridad de su proceder. Pero, como ya advertimos en el epígrafe centrado en las dificultades cognoscitivas que podía plantear el personaje a la teoría del conocimiento, se trata de un método muy peculiar por ser difícilmente transmisible. No se trata de un método bien establecido, con unos pasos bien definidos. No es fácil explicar cómo de ese modo de actuar se pueden obtener grandes resultados. Más aún: debido a la aguda sensibilidad que detenta por lo particular, por lo singular de cada situación y de cada persona, se muestra reacio a admitir que interpreta un modo de proceder más o menos válido para cada situación. Y de ahí el malestar, o la necesidad que siente de ponerse a la defensiva, cada vez que se encuentra en situaciones que le obligan a considerar su modo de proceder.

Pero lo que importa aquí retener es precisamente que, a pesar de que, en circunstancias normales, Maigret no hubiera sospechado que dispusiera de método, cuando se veía impelido a explicar o justificar su modo de actuación, descubriría que sí tenía un método, que sí procedía de una manera habitual, que su modo de llevar a cabo las pesquisas o que en sus intentos por comprender lo que había ocurrido, se repetían sistemáticamente los mismos modos de actuación.

Esto nos lleva a plantearnos la cuestión de la conciencia concomitante o inobjetiva. Si, en el origen, en su modo de proceder habitual, en el que no veía método alguno, Maigret además de actuar, no hubiera tenido algún tipo de objetivación sobre su modo de actuar, ¿hubiera podido, cuando las circunstancias así se lo pedían, *reconocer* que sí desarrollaba un modo específico y metódico de actuar? Y esa conciencia, ¿es compatible con la convicción originaria de que no tenía método alguno?

Uno de los filósofos de los últimos decenios que mayor atención ha prestado al tema de la conciencia concomitante, consecutaria o inobjetiva es Antonio Millán-Puelles. A través del estudio de los lugares en que trata este tema²², se va a procurar determinar qué hay que entender por conciencia con-

²² Sobre todo en su obra *La estructura de la subjetividad humana*, Rialp, Madrid, 1967.

comitante, y si tal es la modalidad de conciencia que permite responder a las preguntas que se acaban de formular acerca de Maigret.

Si por método entendemos un modo característico de proceder, entonces la reflexión de Maigret, en rigor, no es aceptable. No cabe compartirla porque, como hemos visto, Maigret sí actúa idiosincrásicamente. Los que trabajen con él podrían decir, al iniciarse una investigación, qué es lo que hará: irá a ver el cadáver (si homicidio ha habido), o hablará con la víctima (siempre que haya sobrevivido al crimen); frecuentará los lugares en que vivía la víctima; hablará largo y tendido con quienes convivían con ella; sobre todo, estará mucho tiempo, todo el tiempo que se lo permitan sus restantes obligaciones. Es su manera de proceder. Incluso cuando por circunstancias extraordinarias, sus superiores le conminan a que no proceda según su manera habitual, hace todo lo posible por saltarse la prohibición y llevar a cabo su trabajo como normalmente tiene entendido²³.

Ahora bien: es muy posible que ninguno de sus colaboradores, ni incluso el propio Maigret puedan establecer si hay una relación de causa a efecto entre ese modo de proceder y los resultados espectaculares que se obtienen. O dicho de otra manera: que Maigret es un comisario eficaz, se sabe; que tiene unas costumbres características al enfrentarse a un crimen, también; pero tanto él como quienes colaboran con él se verían en un agudo aprieto si se vieran abocados a explicar cómo de semejante modo de proceder se consiguen resultados tan eficaces.

El modo como Maigret aborda el misterio que se le impone cada vez que tiene que investigar un crimen (asesinato, robo, desaparición, etcétera), estriba, como ya se ha podido establecer hasta ahora en varias ocasiones, en imbuirse, en habitar, en revivir el drama ocurrido y por desentrañar. Ahora bien, tal y como se ha advertido, ese modo de proceder no es considerado por el propio Maigret mas que cuando se enfrenta a quienes se lo reprochan. Es decir, estamos ante una actitud natural, ante un modo de proceder espontáneo. Maigret actúa así. Y sólo después, cuando es careado ante su modo de proceder por quienes le ven actuar, y estiman que su método es inapropiado, lo considera.

La cuestión de la reflexión, entendiendo por tal la consideración que de sí misma hace la conciencia es un tema típicamente moderno. Así Descartes, cuya obra, en no pocas historias de la filosofía, inaugura la etapa moderna del quehacer filosófico, basa su edificio filosófico sobre un principio indudablemente reflexivo: el *cogito*. La cuestión de la capacidad de reflexión de la con-

²³ Véase: SIMENON, G., *Maigret se défend* y *Maigret chez le ministre*.

ciencia, de su aptitud para considerarse a sí misma, es aupada a consideración filosófica posteriormente por diversos autores. Ya en la época contemporánea la cuestión es retomada con nuevo ímpetu por Brentano y por Husserl, fundador de la fenomenología. En España la reflexión de la conciencia y, más ampliamente, la filosofía de la subjetividad es abordada, con una potencia especulativa sorprendente, por Millán-Puelles, filósofo en cuya obra la fenomenología inaugurada por Husserl y la tradición aristotélico-tomista alcanzan una compenetración muy fecunda. Pues bien: Millán-Puelles advierte que no se puede decir que la reflexión tal y como se da en nuestro caso concreto (es decir, la consideración de una práctica, no mientras es ejecutada, sino una vez ejecutada) sea una actitud antinatural:

“Toda vivencia estrictamente reflexiva supone un acto de la intención directa, que es la que tiene por objeto o tema algo distinto de la subjetividad y de sus propias determinaciones inmanentes. La actitud llamada ‘natural’ es, en efecto, la que hay que presuponer para que sea posible la intención refleja: algo, pues, que condiciona en su raíz a todo giro de la subjetividad sobre sí propia.”²⁴

La palabra “reflexión” y las palabras pertenecientes a la misma familia (como el atributo “*refleja*”), son empleadas en su significado técnico. Reflexión no equivale aquí a ponderación o a consideración detenida; la reflexión es aquí el acto mediante el cual el sujeto se objetiva a sí mismo. En el texto aquí citado, Millán-Puelles sostiene que para que la subjetividad pueda pensarse a sí misma es absolutamente necesario que, previamente, piense algo distinto de ella misma. No hay reflexión sin previa objetivación de lo otro. No cabe no recordar el *cogito* cartesiano. Como se recordará Descartes aúpa el “*cogito ergo sum*” a condición de principio originario y fundamental sobre el cual establecer un saber seguro e indudable, y por lo tanto libre de las polémicas e incertidumbres que, hasta entonces, habían caracterizado a la filosofía. Pues bien: al defender que todo acto reflexivo de la subjetividad (y el “*yo pienso*” es una vivencia estrictamente reflexiva) presupone un acto que objetive algo otro que la subjetividad, Millán-Puelles niega el carácter original del *cogito*. El *cogito* no puede ser el primer principio, porque para poder ser formulado presupone la previa objetivación de algo que no sea ni el “*yo*”, ni alguno de sus actos (como el propio *cogito*). Para poder afirmar que pienso, primero tengo que pensar algo; y para poder pensarme o pensar algún aspecto mío, antes tengo que haber pensado algo que ni sea yo mismo ni sea ningún aspecto o característica mía.

²⁴ MILLÁN-PUELLES, A., *La estructura de la subjetividad humana*, Rialp, Madrid, p. 321.

Para nuestro propósito, es decir para dilucidar por qué Maigret considera, contra toda evidencia externa, carecer de método, y por qué, cada vez que es careado con su propio proceder, acaba por reconocer que sus actuaciones resultan idiosincrásicas, y por lo tanto, en alguna medida metódicas, lo más importante de la cita de Millán es que la naturalidad atribuida a la intención directa va entrecomillada. Las comillas no hay que entenderlas como si se procurase con ella debilitar la índole natural de la consideración de algo otro por parte de una conciencia. Es propio o natural a una conciencia la objetivación de realidades que no son ella misma. No hay nada innatural en que una conciencia, por ejemplo, considere una hoja de papel o una mesa. El entrecomillado utilizado por Millán-Puelles alude a la intención indirecta: si nada hay de innatural en un acto de conciencia en el que se objetiva algo que no es la conciencia que objetiva, de ahí no se puede inducir que la consideración refleja sea algo innatural o que vaya en contra de la naturaleza misma de la conciencia. Tan natural es para una conciencia considerarse a sí misma como lo es considerar algo otro que sí misma.

Si Maigret, cuando es remitido a su propio proceder, se ve en la obligación de reconocer que hay en su manera de investigar actitudes recurrentes que pueden sintetizar un método, es porque en toda actividad humana, por muy extrovertida que sea, hay algún tipo de autoconciencia, de conciencia de la propia extroversión. En efecto: la palabra conciencia, remitida a su origen etimológico, vendría a resumirse en la ciencia o conocimiento que acompaña a toda actividad, práctica o teórica. Millán-Puelles, tras un análisis de los hitos filosóficos más importantes acerca de este tipo de conciencia (Tomás de Aquino, Immanuel Kant y Franz Brentano), llega a la siguiente conclusión acerca de esa conciencia de sí que acompaña a toda consideración de lo otro, conciencia que se conocerá con el calificativo de consecratoria o también con el de inobjetiva:

“Sin una cierta presencia del sí-mismo, es imposible trascender hacia algo ‘otro’. La heterología es impensable como algo perfectamente aislado de toda tautología (...) una pura extroversión, absolutamente desprovista de toda modalidad de autoconciencia, es lo que en realidad sería tan innatural que hay que descartarlo por completo como efectivamente impracticable (...). [La extroversión, el olvido de sí mismo] no pueden significar el absurdo de un acto en el que algo fuese empíricamente vivido en tanto que otro sin la connotación del sí-mismo actuante que consecrariamente se le opone.”²⁵

²⁵ MILLÁN-PUELLES, A., *La estructura de la subjetividad humana*, p. 321.

Si al comentar el texto anterior se atendió a la ausencia de originalidad o de principalidad de la reflexión, ahora Millán-Puelles sostiene que ningún acto de conciencia que objetive algo otro, distinto del sujeto que objetiva, puede ejecutarse sin que esa conciencia comparezca de algún modo. Seguimos por lo tanto en torno a los actos de objetivación de la conciencia; si bien, esta vez no se analiza la necesidad de lo otro para que pueda darse una conciencia de sí mismo; ahora se sostiene que en toda objetivación de lo otro se da una forma de conciencia de sí mismo.

La argumentación principal de Millán-Puelles en defensa de la conciencia de sí mismo en cada acto de objetivación de algo otro es sencilla pero radical: nada puede ser tenido por otro sin que el acto por el que es tenido por otro vaya acompañado por una conciencia de sí mismo. La objetivación de lo otro va, necesariamente, acompañado por alguna forma de conciencia de sí mismo. ¿De qué forma? Hay elementos que permiten suponer que estamos ante una peculiar forma de conciencia. Millán-Puelles habla de “una cierta presencia de sí mismo”, de una “modalidad de conciencia”, de “la connotación del sí-mismo actuante” y finalmente del carácter consecutario de dicha modalidad de conciencia. Esa conciencia de sí mismo que acompaña a toda objetivación de lo otro, es un tipo de conciencia peculiar. Cabe suponer ya que el sí-mismo que comparece en el acto de objetivación de lo otro, no comparece del mismo modo que lo otro ni del mismo modo que el yo cuando es objeto directo y primero.

Por otra parte, las dos últimas expresiones, tanto “la connotación del sí-mismo actuante”, como la del carácter consecutario de la conciencia del sí-mismo con respecto a la objetivación de lo otro, permiten adivinar la indisoluble unidad entre esa misma objetivación de lo otro y la conciencia de sí-mismo. Son simultáneas. Constituyen una unidad, de tal forma que sin la una no se da la otra. A estas alturas cabría afirmar que la conciencia de lo otro y su consecutaria conciencia de sí misma, son fruto de un mismo acto, o por emplear una imagen popular, son como las dos caras de una misma moneda.

“La actividad de la *conciencia fluye, no en un único plano, sino en varios, a cada uno de los cuales corresponde una modalidad de la tautología subjetiva, sin que esto quiera decir que tales modalidades sean otros tantos temas u objetos de la atención.*”²⁶

La primera de las dos afirmaciones más importantes de la cita se refiere a la modalidad de tautología subjetiva. Según sea el aspecto de la actividad

²⁶ *Ibidem*, p. 323, los subrayados son del autor.

de conciencia considerado, nuestra atención se centrará sobre una modalidad determinada de tautología subjetiva.

¿Cómo se debe interpretar esta afirmación? Por una parte Millán-Puelles estaría afirmando que cada acto de conciencia posee diversas formas de tautología subjetiva; o dicho de otro modo: Millán-Puelles estaría defendiendo que en cada acto de conciencia la subjetividad comparecería de diversos modos: un único acto y, sin embargo, diferentes modos de comparecencia de la subjetividad.

Ahora bien: el término comparecencia no parece adecuado porque el filósofo español aclara que a cada una de esas maneras de comparecer no le corresponde un objeto de la atención.

“¿Cabe tener lo ‘otro’ en cuanto tal, sin autoposeerse, de algún modo, como la realidad a la que aquel se enfrenta? ¿Es posible la presencia de lo ‘ajeno’ sin ninguna presencia de lo propio? Resueltamente hay que decir que no, aunque esto no signifique que ambas presencias tengan el mismo énfasis, ni que se les deba atribuir una misma e idéntica modalidad esencial.”²⁷

Vuelve aquí Millán-Puelles a afirmar que en toda objetivación de la conciencia de lo otro, va acompañada de la consideración del sí mismo. Añade también que la presencia del yo ante la conciencia que objetiva una cosa distinta del yo, no es una presencia equiparable a la presencia de la cosa. Por poner un ejemplo: cuando considero las plantas alumbradas por un rayo de sol en el balcón de enfrente, en mi consideración de las plantas no sólo comparecen las plantas que adornan el balcón sino también mi yo, esto es, aquel yo que está considerando las plantas. No son dos actos de conciencia distintos que se dieran concomitantemente, sino un único acto. Ahora bien: en ese acto el modo como comparece el yo que objetiva difiere del modo como comparecen las plantas doradas por el Sol. Si prestamos atención al término empleado por Millán-Puelles para subrayar la diferencia, diremos, con el filósofo español, que estamos ante una diferencia de énfasis. Por decirlo de un modo sucinto: las plantas comparecen más que el yo. Pero más aún: la diferencia en el modo de presencia a la conciencia no es sólo una diferencia de intensidad. Es también una diferencia cualitativa. No sólo las plantas acaparan más la atención de la intención de conciencia, sino que la acaparan de otro modo.

²⁷ *Ibidem*, p. 326-327.

Referencias bibliográficas

- MARÍAS, J., (2000), “Simenon y Maigret”, en *Diario ABC*, pág. 3.
- MILLÁN-PUELLES, A., (1967), *La estructura de la subjetividad humana*, Madrid, Rialp, col. Cuestiones Fundamentales.
- PERO-SANZ, J.M., (1965), *El conocimiento por connaturalidad*, Pamplona, Eunsa.
- SIMENON, G., (1992-1993), *Tout Simenon*, París, Presses de la Cité, Col. Omnibus, vol. 1-27.